



Edurne Portela
No puedes quedarte
aquí eternamente



EDURNE PORTELA

No puedes quedarte aquí eternamente

Galaxia Gutenberg



Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2026

© Eurne Portela, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Plaça Verdaguer n.º 1, 08786-Capellades
Depósito legal: B 14713-2026
ISBN: 979-13-88236-01-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A Angélique Bereau, quien me regaló la memoria
de su abuela Marie-Jeanne Echeverria*

Mi corazón ha perdido la tristeza
ha perdido la razón de luchar
la vida me ha sido devuelta
y aquí estoy ante la vida
como ante un vestido
que ya no puedo ponerme

CHARLOTTE DELBO,
La medida de nuestros días

Una historia que es la mía,
pero que no conozco

ANGÉLIQUE BEREAU

A ti, que entras en estas páginas

Me ocurre a menudo que termino de escribir un libro y persiste en mí la sensación de no haberlo cerrado del todo. Algunos libros nacen de otros. Me pasó con *El eco de los disparos* y *Mejor la ausencia*, ambos centrados en la «cuestión vasca»: el primero era un ensayo; el segundo, una novela. Dos formas de narrar diferentes y al mismo tiempo complementarias. Lo que tanteé en el ensayo y quedó ahí como experimento –una aproximación al lenguaje literario y las herramientas de la ficción para contar la violencia– tomó protagonismo absoluto en la escritura de la novela. Ahora hago el camino inverso: continúo el trabajo que comencé con la novela *Maddi y las fronteras* a través de esta narrativa de no ficción que estás a punto de comenzar.

Tengo la suerte de tener algunas lectoras y lectores fieles. Si eres una de ellas, te resultará familiar lo que cuento en esta breve introducción. Si no lo eres, bienvenida, bienvenido, a mi mundo. En marzo de 2023 publiqué *Maddi y las fronteras*, la historia de María Josefa Sansberro, alias Maddi, una mujer vasca que fue, entre otras muchas cosas, contrabandista y resistente contra el nazismo. Una mujer que, desde muy joven, rompió todos los moldes normativos de su sociedad: divorciada en 1928, regentó un hotel en Sara –Iparralde, Francia–, convivió con el dueño del hotel por muchos años sin estar casada mientras se dedicaba al contrabando primero y después, como miembro de la Resistencia, a coordinar varias redes de evasión

de soldados aliados y de civiles perseguidos por el nazismo. Fue detenida por la Gestapo y deportada al campo de concentración de Ravensbrück; después de unos meses como trabajadora esclava, murió en Sachsenhausen en noviembre de 1944. La novela es una reconstrucción de su vida basada en los documentos que, con gran generosidad, me legaron Izarraitz Villaluce y Joxemari Mitxelena, dos personas que, por pura curiosidad, habían rastreado sus huellas en la memoria de los miembros de su comunidad y en los archivos. Escribir *Maddi y las fronteras* fue una experiencia dolorosa y al mismo tiempo muy enriquecedora. Adopté la primera persona porque quería sumergirme con la mayor intensidad posible en la experiencia de Maddi. Aun reconociendo la incapacidad para rescatar su voz, su subjetividad y sus afectos, intenté pensar, sentir, ver, oír, tocar, oler e incluso hablar como yo imagino que hizo esa mujer de carne y hueso cuya memoria reivindicué a través de la escritura.

Maddi compartió su vida con varias personas que aparecen en la novela: su amigo y después marido Louis Nicolas, con quien mantiene una curiosa relación; el niño Lucien Cyril, a quien adopta tras ocho años de su nacimiento; Joseph Barrenetche, su compañero de contrabando y *mugalari*, también miembro de la Resistencia, y, muy principalmente, su prima y ahijada Marie-Jeanne Echeverria.

Maddi tenía una relación muy estrecha con Marie-Jeanne, veintiséis años más joven que ella. Convivieron y trabajaron juntas en el hotel, Maddi la reclutó para la Resistencia, juntas fueron detenidas y deportadas. Marie-Jeanne sobrevivió a la deportación y vivió hasta 2007, fue el repositorio de una memoria que, en parte, había muerto con su prima.

Durante este tiempo no he conseguido olvidarme de Marie-Jeanne. Entre medias, escribí con José Ovejero la novela *Una belleza terrible*, un proyecto fascinante de investigación y escritura que me permitió dejar reposar a Marie-Jeanne y me dio nuevos bríos para volver al tema con otras herramientas y perspectivas. Ahora el tratamiento es diferente, no habrá fic-

ción ni reconstrucción novelada; esta vez te invito a que me acompañes en un viaje cognitivo e interpretativo. Conoceremos a Angélique Bereau, la nieta de Marie-Jeanne, que nos regalará la memoria de su abuela, su relato mutilado de la deportación, anécdotas de la vida cotidiana, documentos y fotografías. Viajaremos a los lugares de Marie-Jeanne –los de la alegría y los del sufrimiento–, leeremos los documentos del archivo, reflexionaremos sobre cómo interpretarlos; también compartiré contigo las voces de otras mujeres supervivientes que consiguieron dejar constancia de su experiencia a través de sus testimonios. Nos plantearemos cómo se consigue seguir viviendo, con qué herramientas y materiales se reconstruye una vida rota por la deportación, atravesada por un trauma de dimensiones inasumibles.

En estas páginas en las que ahora te adentras no hay ficción, pero sí imaginación: aquella que busca completar el relato escurridizo y fragmentado del pasado para situarnos, aquí y ahora, ética y políticamente.

¿Qué sentido tendría, si no, escribir sobre él?

Una historia que es la mía pero que no conozco

He tomado la fotografía sin suficiente esmero y cegada por la luz; no me he dado cuenta de que el reflejo impide ver bien el rostro de Marie-Jeanne. Angélique y yo estamos en una terraza en una calle sin tráfico de Donostia, un día de septiembre inusualmente cálido y húmedo. El termómetro sobrepasa los treinta grados, pero en esta calle peatonal los edificios nos protegen con su sombra y de vez en cuando sentimos una brisa fresca que levanta las fotografías y los papeles desplegados en la mesa: imágenes de su abuela Marie-Jeanne, algunas en el blanco y negro de los años treinta, otras en los tonos ocres y marrones de los setenta, un par de retratos de su tío Lucien, otros de su abuelo Jean-Léon; fotografías de grupo en alguna conmemoración, fotografías con «hermanas de campo». Los rostros se mezclan con documentos ajados que certifican la deportación de Marie-Jeanne Echeverría. La mayoría de ellos ya los conozco, pero me interesa escuchar cómo Angélique recuerda a su abuela hablar de lo que estos viejos papeles testifican, aunque soy consciente de que algunos eventos se quedaron sin nombrar, permanecieron como líneas escuetas en un papel, una información inarticulada, desnuda, no elaborada; una palabra suelta —«Pertrix», por ejemplo— que salpica un documento casi vacío de texto.

En la mesa de al lado hay dos chicas y un chico trabajando con sus ordenadores, hablando tan alto que, cuando horas después transcribo la entrevista, me entero de detalles sobre sus vidas que no tendría por qué saber. En el momento no soy

consciente de lo disruptivas que serán sus voces en el audio, tampoco de que la imagen de Marie-Jeanne en esta fotografía que ahora examino mostrará un extraño reflejo, una luz fantasmagórica; solo al llegar a casa y pasar la imagen al ordenador de mesa me doy cuenta de que no distingo bien los rasgos de Marie-Jeanne, desdibujados por una especie de neblina.

Una voz que a veces resulta difícil descifrar, una imagen borrosa.

Me parecen metáforas que podría usar para el inicio de este libro, pero las desestimo por fáciles y manidas.

La fotografía está fechada en mayo de 1974. Cuatro mujeres encadenadas del bracete sonríen felices a la cámara: risueñas, simpáticas, bellas. Tienen más o menos mi edad –Marie-Jeanne cumplirá 53 años en unos meses–, pero parecen mucho mayores. Me digo que es cosa de la época y recuerdo las fotografías de mi abuela por aquellos mismos años en las que también parece una anciana, a pesar de que viviría al menos tres décadas más. También me digo que el sufrimiento envejece. Y estas señoras sufrieron mucho.

Me llama la atención la vestimenta dispar entre las mujeres del grupo. La del extremo izquierdo lleva un vestido sin mangas que deja sus brazos descubiertos, mientras que Marie-Jeanne, la última a la derecha, se ha abrochado el abrigo hasta el cuello. Las otras dos mujeres también lucen vestidos más bien veraniegos. Algunas supervivientes de campos de concentración escribieron que nunca consiguieron quitarse el frío del cuerpo. En *La medida de nuestros días*, de Charlotte Delbo, su amiga Gaby, también superviviente de Auschwitz y Ravensbrück, cuenta que es incapaz de salir de casa. Los motivos serían muchos y todos tendrían que ver con el trauma de la deportación, pero ella señala uno: «No salgo porque tengo frío» (130). Me hago una nota mental para preguntarle a Angélique si su abuela era friolera.

Volvamos al calor de ese día bochornoso de septiembre, cuando contemplo la fotografía del grupo de mujeres con

Angélique; según ella, son compañeras de Ravensbrück de Marie-Jeanne, pero no sabe sus nombres. Tal vez una sea Félicie, su hermana de campo, me dice, pero no se atreve a afirmarlo. No la reconoce en ninguna de ellas, la recuerda ya como una anciana. La breve nota en el reverso, dedicada a Marie-Jeanne en recuerdo de la visita, está firmada por «Solange, tu amiga de miseria»; no escribe los otros nombres, está claro que no hace falta porque se conocen de sobra.

La fotografía anuncia algunos de los temas que se van a entretener a lo largo de este libro: la amistad y los vínculos invisibles que se forjan en la excepción concentracionaria; la continuidad de la experiencia de la deportación después del regreso; la memoria traumática compartida y su relación entre lo personal e íntimo y lo público, la Historia y la conmemoración; el valor de los objetos heredados –fotografías, adornos domésticos, un rosario, una carta– como transmisores de memoria; la mirada de la nieta, el relato que busca completar el puzle de la mujer resistente y deportada, la mujer superviviente que también fue su abuela. Durante nuestras conversaciones se hace evidente que habrá aspectos de la vida de Marie-Jeanne que solo podremos vislumbrar, nunca saber con certeza. Si toda vida alberga una zona oscura y secreta, inaccesible a los otros, mucho más lo hará una vida atravesada por la experiencia radical de la deportación.

La primera vez que entrevisto a Angélique sobre su abuela es en enero de 2025. Llego a Biarritz desde San Bartolomé de Tormes, la pequeña aldea de la Sierra de Gredos donde vivimos durante cinco años y de la que nos mudaríamos un par de meses después de aquella entrevista. Charlamos durante varias horas en un café y después nos desplazamos a las afueras para ver la casa en la que vivió Marie-Jeanne durante muchos años. Es una casita coqueta y alegre pintada de blanco y azul, con un pequeño jardín a su alrededor, en un barrio tranquilo. Angélique la solía visitar allí, donde a veces se encontraba también con su tío Lucien. Por unos breves segundos intento imaginar a Marie-

Jeanne en el umbral de la casa, recibiendo a Lucien, el hijo de Maddi. Los veo todavía jóvenes, de momento no he conseguido desprenderme de cómo los imaginé en mi novela *Maddi y las fronteras*: él, desde que nace hasta los doce años; ella, como adolescente y hasta los veintiuno. Tal vez por eso no puedo evitar que Maddi aparezca por ahí. Siento una oleada de tristeza al apartar a Maddi de esta escena. Lo siento, querida, pero aquí solo eres recuerdo y, sobre todo, ausencia. Lucien y Marie-Jeanne nunca hablaron de ella en presencia de Angélique.

Desde esa primera entrevista con Angélique hasta la segunda pasan ocho meses en los que varias tempestades han sacudido nuestras vidas: enfermedades, rupturas, mudanzas. En más de una ocasión me pregunto si conseguiré levantar este proyecto. No quiero perturbar a Angélique, que está pasando por un momento difícil; los archivos no ofrecen información nueva, hemos agotado todas las vías; no sé si mis reflexiones aportan algo suficientemente significativo como para publicarse. A pesar de mis dudas, siento la necesidad de seguir avanzando, de cerrar el ciclo que comencé con la escritura de *Maddi y las fronteras*. Tengo la sensación de que esa necesidad se hace más fuerte después de mudarnos, como si el nuevo espacio que habito, más cercano al territorio de estas mujeres que ya forman parte de mí, me diera nuevo aliento para continuar.

Desde un camino rural cercano a mi nueva casa puedo divisar, si el día está muy despejado, la costa vasca oriental y el grandioso pico del monte Larrún; ahora vivo a unos cien kilómetros de Sara, el territorio de Marie-Jeanne Echeverría y de su prima y madrina María Josefa Sansberro, alias Maddi. Las circunstancias pusieron a estas dos mujeres en el centro de la tormenta de la Historia y ellas decidieron cabalgarla: juntas participaron en la Resistencia, fueron delatadas a la Gestapo, encarceladas y después deportadas a Ravensbrück. Todo esto lo investigué y escribí en *Maddi y las fronteras*, donde perdimos la pista de Marie-Jeanne cuando, poco después de la llegada al campo de concentración, la separan de su prima. Como

la novela está narrada en primera persona desde la perspectiva de Maddi y como ella nunca supo qué fue de su querida ahijada, tampoco lo sabrá quien lea la novela. En el epílogo sí desvelo que Marie-Jeanne sobrevive, que pudo rehacer su vida, que tuvo una hija y que su nieta, Angélique Bereau, nos había cedido la fotografía en la que Maddi y Marie-Jeanne –y un perro blanco muy simpático– sonríen felices a la cámara antes de la tragedia. La mitad de esa fotografía protagoniza la cubierta de *Maddi y las fronteras*; la otra te mira desde la cubierta del libro que ahora tienes en tus manos. Dos vidas compartidas y separadas por la deportación: Maddi muere, Marie-Jeanne sobrevive.

Marie-Jeanne Echeverría sobrevive, sí. Pero ¿qué significa esto?

Para responder a esta pregunta cierro la caja de herramientas de la ficción y me mantengo apegada a fuentes del saber que exigen otros tipos de pensamiento y de escritura: la historia y la memoria, el archivo y la voz del relato heredado, la documentación visual y la memoria material de los objetos. Estos serán mis instrumentos de trabajo. Y también lo serán los silencios y las ausencias. Libros, imágenes, voces y objetos se entremezclan con todo lo que quedó no dicho, con el silencio traumático que aparece en la historia como síntoma, como fantasma. Una forma de vacío que no lo es, como si el pasado de las deportadas anónimas, de aquellas que no escribieron y apenas contaron sus vivencias, estuviera cubierto por un tejido denso y oscuro en el que de vez en cuando vemos un hilillo suelto; si tiramos de él, provocamos un breve jirón por el que podemos vislumbrar una escena, un fogonazo de vida. Deshilvanar el silencio, desenmarañar lo opaco para hilvanarlo de nuevo con la memoria material e inmaterial, con lo estudiado y lo ya dicho, con las voces de unas y de tantas otras: así intento conformar una historia que es y no es la de Marie-Jeanne Echeverría. Interpreto su rastro a partir de otros conocimientos y otras voces que nos dejaron las supervivientes de los campos de concentración y de exterminio nazis;

escribo este libro para expandir y continuar el trabajo de recuperación de vidas negadas por la historia, para entender y reflexionar sobre la importancia de estas vidas en las nuestras. Las mimbres de este libro –lecturas, documentos de archivo, entrevistas a Angélique Bereau, viajes a la topografía del horror que habitó Marie-Jeanne, también a sus lugares queridos– se entretajan para construir un relato individual y colectivo. Lo que he descubierto de Marie-Jeanne es no tanto la materia para contar una crónica más o menos precisa de su vida, sino la entrada a una reflexión más amplia sobre la exclusión de las mujeres como ella –anónima, de clase trabajadora– de la narración histórica; la transmisión de memoria una vez que los testigos principales de la experiencia han desaparecido; la complejidad de una vida atravesada por la experiencia de la deportación y su legado transgeneracional; la deuda que, como nietas, descendientes directas o indirectas, tenemos con las mujeres de esa generación. Me sitúo en este presente amenazado por un fascismo de nuevos bríos y desde aquí interpreto el pasado, con mis sesgos y mi subjetividad, con una mirada –y una intención– feminista y antifascista. Esto no es ni pretende ser un ensayo científico, es un texto abiertamente personal y político.

Soy parte de una generación europea y transnacional que ha heredado un legado histórico traumático. Somos nietas de acontecimientos –la guerra española y la subsecuente dictadura, y la Segunda Guerra Mundial– que conllevan una carga de violencia feroz. Esta violencia no termina al final de los conflictos: deja un rastro, una huella, una lesión activa. No hay cicatriz. Nuestras abuelas y abuelos, desde la península Ibérica hasta los Urales –españolas, italianos, francesas, alemanes, belgas, griegos, polacas, etc.– fueron fascistas, nazis o colaboradores; fueron resistentes, milicianas, antifascistas, supervivientes de prisiones y torturas, deportaciones y campos de concentración; fueron víctimas de guerra arrolladas por la Historia; fueron

masa indiferente que se las apañó como pudo. Todos y todas forman parte de ella, pero no considero a todos por igual. Por un lado están aquellos que participaron con alegría, ferocidad y convencimiento en los proyectos nazi y fascista, que se beneficiaron del expolio a los perseguidos –ya sean las fortunas amasadas por empresarios nazis como la familia Quandt a través del trabajo forzoso y esclavo, ya sean quienes se beneficiaron del expolio a los judíos, ya sean los franquistas que robaron tierras y propiedades a los represaliados–; sin olvidarnos de sus herederos, que se siguen aprovechando de las fortunas y privilegios de sus padres, abuelos y bisabuelos. Y por otro lado están sus víctimas: asesinadas, perseguidas y desposeídas, condenadas sus familias y descendientes. Cito a Primo Levi en su famosa reflexión sobre la zona gris: «sé que he sido una víctima inocente y que no he sido un asesino; sé que ha habido asesinos [...] y que confundirlos con sus víctimas es una enfermedad moral, un remilgo estético o una siniestra señal de complicidad; y, sobre todo, es un servicio precioso que se rinde (deseado o no) a quienes niegan la verdad» (509). No hay equidistancia posible a la hora de afrontar el pasado de nuestros predecesores, tampoco la debe haber a la hora de reconocer su legado.

En este libro me ocupo de la relación entre la tercera generación –la de Angélique, la mía, la de tantas– y quienes formaron parte de la gran masa heterogénea de resistentes y perseguidas, de supervivientes que sufrieron el resto de sus existencias las consecuencias del nazismo y del fascismo en sus cuerpos, que transmitieron, ya fuera directa o indirectamente, ese sufrimiento a sus nietas y nietos. Pero no solo eso: legaron, también, los valores que sus verdugos intentaron erradicar. Me importa esta transmisión porque habitamos una época sin testigos. Quienes hasta recientemente hablaron por los muertos ahora también han desaparecido; quienes sobrevivieron y podrían dar testimonio de los acontecimientos –siempre incompleto, como diría Primo Levi– han muerto, pero no así su memo-

ria, que reside en sus descendientes, testigos substitutorios de quienes han desaparecido, herederos de un relato fragmentado y parcial, de sensaciones no narradas, emociones que no llegaron a articularse porque, de haberlo hecho, la supervivencia habría sido imposible.

Walter Benjamin reflexiona en *El narrador* (1936) sobre la crisis narrativa a la que dio lugar la Primera Guerra Mundial: las palabras no podían hacer justicia a aquellos que vivieron la guerra, los hombres volvían silenciosos del campo de batalla, la experiencia se había vuelto incommunicable al revelar la absoluta fragilidad de un ser humano que comprobó, en su propio cuerpo, la fuerza destructiva de la nueva maquinaria de guerra. Qué decir –no voy a repetir la ya manida frase de Adorno– de las mujeres que, como Marie-Jeanne, volvieron de los campos de concentración, a qué fuentes del saber, aparatos discursivos, formas del narrar podían acceder para encontrar las palabras con las que contar su experiencia. A ninguna. Algunas supervivientes como Charlotte Delbo, Geneviève de Gaulle, Germaine Tillion o Margarete Buber-Neumann tuvieron las herramientas intelectuales y la posición social para intentar comunicar esas vivencias a través de sus valiosísimos testimonios, pero la inmensa mayoría no contaba con las condiciones de posibilidad para crear un relato compartido. (Inciso: Cuando este manuscrito ya está terminado, leo el excelente ensayo de Mercedes Monmany, recién publicado, *Algo quedará de mí*, en el que recorre la vida y escritos de diez mujeres resistentes que pasaron por Ravensbrück, entre ellas las cuatro citadas.)

Aunque sé la respuesta, le pregunto a Angélique si cree que en algún momento su abuela recibió apoyo psicológico, algún tipo de terapia, para elaborar el pasado traumático. Por supuesto que no. Su terapia fueron sus amigas, sus «hermanas de campo», y añade: «con mi abuelo hablaba un poco» y, sigue lacónica, «con mi madre no sé, no me acuerdo». Para cuando llega Angélique preguntando, Marie-Jeanne lleva cincuenta años manteniendo un silencio solo roto en la más estricta inti-

midad. No hay intimidad más grande que la que comparten aquellas que han vivido juntas la deportación.

Si precisar y completar con exactitud una vivencia traumática es imposible, más lo es, obvio, cuando quien la cuenta no es quien la ha sufrido. Y si, como en mi caso, esa vivencia me ha llegado de segunda mano, no pretendo que este libro alcance a representar la densidad de la experiencia de Marie-Jeanne –ni de otras– en la deportación. Hay dimensiones de la experiencia del pasado que son irrecuperables. Tampoco quiero ni debo apropiarme de su trauma ni participar en él, ni argumentar que, como depositaria de su historia, yo también me traumatizo. Es cierto que, desde que comencé el proyecto de Maddi, he tenido momentos en los que me han invadido el desasosiego y la angustia: adentrarse en el mundo concentracionario y de la deportación es entrar en una región oscura, sórdida, terrorífica a ratos. Pero tanto yo en la escritura como tú en la lectura habitamos un espacio seguro. Sabemos que, aunque transformadas –nadie con un mínimo de sensibilidad traspasa indemne este territorio–, somos capaces de salir del horror al que apenas nos asomamos y del que ellas no consiguieron resurgir, incluso si sobrevivieron. Parafraseo a la filósofa Adriana Cavarero para afirmar que debemos luchar contra la identificación o la confusión a través de la cual nos apropiamos de la historia de otras e intentar, con la mayor honestidad posible, llevar a cabo un ejercicio de lo que Paul Ricoeur definió como «identificación empática»: contra la apropiación, buscar una afinidad que engendre un auténtico trabajo de conocimiento del otro (Cavarero, 90; Ricoeur cit. en Traverso, 135).

Es decir: no es lo mismo apropiarse de la historia de otras o de su trauma que atender a una historia traumática que nos interpela, ya sea porque flota en nuestro universo familiar, porque forma parte de nuestra historia política, social y cultural o porque despierta en nosotras una irrefrenable necesidad de conocimiento.